

Lenguas en tránsito:

Experiencias lingüísticas
en el marco
de la migración en tres
ficciones latinoamericanas

Languages in transit:

Linguistic experiences in
the context of migration in
three Latin American
fictions

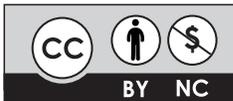
Julio Díaz, Ayleen*

Colegio Alemán Temperley, Argentina

DOI. <https://doi.org/10.15648/cl..31.2020.2536>

Recibido: 21 de agosto de 2019

Aprobado: 16 de septiembre de 2019



*Autor de correspondencia. Correo electrónico: harkerland@gmail.com

¿Cómo citar este artículo?

Julio Díaz, A. (2020). Lenguas en tránsito: Experiencias lingüísticas en el marco de la migración en tres ficciones latinoamericanas. Cuadernos de literatura del Caribe e Hispanoamérica, 31, pp. 27 -46.
DOI. <https://doi.org/10.15648/cl..31.2020.2536>

Resumen

El presente artículo se propone hacer un análisis integrador de tres novelas latinoamericanas, casi contemporáneas en su publicación: *El síndrome de Ulises* (2005), de Santiago Gamboa; *Lord* (2006), de João Gilberto Noll, y *Frankfurt. Cruce de caminos* (2004), de Ana Vidal, relatos que apelan a los tópicos de la migración y el exilio para poner en cuestión la fijeza de la identidad en un marco de movimiento territorial. Dentro de dicha narrativa, se busca indagar cuál es el lugar de la lengua —escrita, hablada, materna, extranjera— cuando esta pierde su territorio y debe encontrar un lugar donde adquirir sentido.

Palabras clave

Migración, exilio, lengua materna, identidad, otredad

Abstract

This article intends to make an integrative analysis of three almost contemporary Latin American novels in their publication: *El síndrome de Ulises* (2005), by Santiago Gamboa; *Lord* (2006), by João Gilberto Noll, and *Frankfurt. Cruce de caminos* by Ana Vidal; stories that appeal to the topics of migration and exile to question the fixity of identity in a setting of territorial movement. Within this narrative, we want to investigate what is the place of the language —written, spoken, maternal, foreign— when it loses its territory and must find a place to acquire meaning.

Keywords

Migration, exile, mother language, identity, otherness

*El hecho de que te escriba en inglés
ya falsea lo que quería contarte.
Mi cometido: cómo explicarte que el inglés no es mi sitio
aunque tampoco tengo ningún otro.
Gustavo Pérez Firmat*

«Los relatos de migración de sudamericanos al primer mundo cuentan una travesía radical: del pasaje de la nación a la lengua» (Ludmer, 2010, p.179), y con ello, dejan ver las relaciones entre migración, cuerpo, lengua e identidad. Ya sea narrando tanto las causas del desplazamiento — cursar un doctorado, concretar un proyecto familiar o ir a trabajar como docente en una universidad extranjera —, como los efectos que dicho movimiento produce en los sujetos y los avatares que estos deben hacer para adaptarse a su nuevo hogar, las ficciones cuyos ejes son el desplazamiento de los sujetos por el espacio, interrogan también qué es lo que pasa con la lengua cuando esta, del mismo modo que los individuos, pierden el territorio que los identificaba como sujetos y como parte de una comunidad, por lo que se les hace necesario, en este nuevo contexto hallar otro lugar para la lengua y para sí mismos.

Quizá esta sea la razón por la que gran parte de los relatos que tienen a la migración y el exilio como ejes narrativos ubiquen a los sujetos en el marco de una experiencia límite en la que el migrante, tras haber experimentado la triple ruptura descrita por Salman Rushdie en *Imaginary Homelands* (1997)² —la de su 'lugar', verse cercado por personas cuyo comportamiento y códigos sociales son muy distintos de los suyos y estar obligado a adoptar una lengua extranjera para poder inscribirse en su nuevo contexto—, debe encontrar nuevos modos para describirse en cuanto individuo.

Es en esta situación donde la lengua³ adquiere una relevancia especial, la medida que se constituye en herramienta y objeto, pues a través de ella el sujeto puede relacionarse con los demás y ser reconocido por una comunidad específica; es el instrumento con el que el migrante puede dar cuenta de la experiencia propia y la de otros que se encuentran en situación similar a la suya; y al mismo tiempo, es el espacio donde se hace visible la crisis que el sujeto afronta con respecto a la identidad propia, que cada vez se hace más difusa a lo largo de su narrativa.

Asimismo, en este tipo de relatos, la lengua, paralelamente a la identidad, sufre un quiebre: los sujetos son al mismo tiempo uno y otro, por lo que la primera se desdobra, por lo menos, en dos campos que permiten afrontar su situación como espacio doble: la lengua propia —la «mi lengua»— con la que el migrante se expresa en la intimidad y constituye el lenguaje de los afectos; y esa «lengua otra» tan necesaria para sobrevivir, pero insuficiente para dar cuenta del estado de orfandad en que los sujetos se encuentran.

Siguiendo lo anterior, en el presente artículo nos proponemos hacer una lectura crítica integradora de tres novelas latinoamericanas casi contemporáneas en su publicación: *El síndrome de Ulises* (2005), de Santiago Gamboa; *Lord* (2006), de João Gilberto Noll, y *Frankfurt. Cruce de caminos* (2004), de Ana Vidal; ficciones que, amén de coincidir en una propuesta estética que a través de una poética del desarraigo y de la discontinuidad, apelan a procedimientos que ponen de relieve lo fragmentario, lo excesivo y diverso que se hacen visibles en ese estado de orfandad y tránsito en el que se hallan los personajes de sus ficciones; ficciones que ponen de relieve la pregunta sobre qué es lo que realmente pasa con la lengua —hablada,

² A full migrant suffers, traditionally, a triple disruption: he loses its place, he enters into an alien language, and he finds himself surrounded by beings whose social behaviour and codes are very unlike, and sometimes even offensive to, his own (Rushdie, 1997, p.277-278).

³ Entiéndase la lengua como un sistema de signos dotado de convenciones y reglas gramaticales, empleado por las comunidades humanas con fines comunicativos.

escrita, dentro y fuera del relato — cuando se expone a la otredad y qué es lo que ocurre con el sujeto en el marco de este pasaje de lenguas.

También buscamos, haciendo quizá una apuesta mucho más amplia, interrogarnos cómo en estas ficciones la lengua deviene un espacio múltiple con el que el sujeto a la vez que da cuenta de la pérdida de una identidad ligada a la nación y el territorio, hace de esta una herramienta con la cual el migrante adquiere la voz «borrar el mundo bipolar y sus binarismos conceptuales (realidad/ficción, privado-íntimo/público)» (Ludmer, 2010, p.182) a través de la escritura y por último, como un asidero frente a su realidad y un eje desde el cual obtener reconocimiento por parte del Otro.

Cruzar la frontera, perder la palabra y encerrarse

Primero expectativa, luego alegría, miedo y finalmente, desolación: expectativa por dejar un país sin futuro, por conocer nuevas tierras, por conseguir nuevos sueños; alegría por comenzar un nuevo proyecto de vida; después, miedo a llegar y que lo esperado no concuerde con la realidad, miedo a perder lo que se era, miedo a regresar y decir que todo resultó ser un fracaso; y, por último, el peso de la desolación frente a un panorama que se revela incierto e impenetrable:

En un país con doscientos veinte habitantes por kilómetro cuadrado, donde la gente literalmente se pisa la cabeza, sé lo que es estar sola en el mundo. También sé lo que es vivir en otro planeta, donde no entiendo lo que dicen y los demás no me entienden a mí y lo que es mejor, no les interesa entenderme. Soy un bulto⁴ que les impide mirar hacia adelante (Vidal, 2004, p.8).

Dice Mónica, protagonista y narradora de *Frankfurt* cuando llega a Alemania, quien encerrada en «una habitación en la que solo una sola persona puede moverse» (Vidal, 2004, p.7), empieza a notar que la experiencia de la migración ha empezado a cobrar su peso: al no saber alemán, no puede hablar con otros, no puede ser entendida por los demás, y por ello, ha dejado de ser, momentáneamente una persona, pues en el presente ha pasado a ser otra inmigrante más en una ciudad en la que a pesar de que «la gente literalmente se pisa la cabeza» (Vidal, 2004, p.8), ella se encuentra en un profundo aislamiento. Esta es la razón por la que la protagonista abre su historia con la experiencia que habrá de atravesar todo el relato: el esfuerzo por entender otra lengua, el sentimiento cada vez más tangible de inferioridad cultural, y de forma más fuerte, la indiferencia de los alemanes, siendo

⁴ El resaltado es nuestro.

esta última lo que lleva a la protagonista, incapaz de aprender alemán, a recluirse en la interioridad al menos hasta encontrar a otro con el que compartir la soledad.

Y es que con la pérdida del territorio, de su lengua y la facultad de comunicarse, Mónica, como gran parte de los migrantes que van a un destino en donde el idioma es distinto al materno, completa el mapa de su exclusión: ya habiendo sido reconocida como extranjera por su aspecto físico y juzgada bajo los estereotipos alrededor de los suramericanos, no hablar —o mal hablar— la lengua del otro es lo último que la despoja de «las cualidades que permiten a los demás tratarla como a un semejante» (Arendt, 1998, p.250); cuestión que se traduce no sólo en esta novela, sino en las demás ficciones del corpus donde los protagonistas, amén de ser profesionales en la lengua y trabajar con ella (son en su mayoría universitarios, escritores o profesores), la primera experiencia vivida al llegar al lugar de destino es la diferencia lingüística, que les recuerda en todo momento que nunca serán tratados como iguales (Kristeva, 1991), por más que se esfuercen en aprender el idioma. En *Frankfurt*, por ejemplo, esta situación se evidencia en la narración de Mónica, quien continuamente es sometida a la discriminación por ser extranjera: al ir a un control de embarazo, el doctor que la atiende la identifica como extranjera, la ignora y decide hablar con su esposo (2004, pp. 21-22); y más adelante, un par de trabajadoras le niegan el hacerse un examen de sangre sin la presencia de alguien que pueda traducirle las instrucciones, que en este caso, vendría a ser Hans, su esposo, quien no sólo domina la lengua sino que físicamente se acerca más al tipo alemán:

¿Por qué preguntan? Será para comprobar si soy tan tarada para pretender hacerme un examen de sangre en un país donde ni siquiera hablo el idioma. La segunda pregunta es si algún familiar habla alemán, y respondo con el resto de orgullo que me queda, que sí, que *mein Mann*. (...) Entonces ellas —las muy yeguas—, satisfechas por la estocada, sonríen y sacuden la cabeza diciendo que *nein, nein*. Y en mi pobre vocabulario entiendo algo como:

— Tiene que venir con su marido, Frau Hesse, si es él quien habla alemán (Vidal, 2004, p.27).

Caso similar ocurre en *El síndrome de Ulises*, donde el problema no se sitúa en el dominio de una lengua, sino en la cuestión de los acentos, que permiten no solo identificar a un extranjero, sino atribuirle un lugar en la sociedad de acuerdo con los estereotipos vigentes. Esto podemos apreciar-

lo cuando a Esteban le quitan un grupo de 'Langues dans le monde' —y con ello, el 60% de sus ingresos— porque uno de los estudiantes se queja de su acento colombiano, y lo que estila es el español peninsular:

Salía de una de las clases de *Langues dans le monde*, en la sede de la rue Tilsitt, cuando la directora me llamó a su oficina y me dijo, siéntate, hay algo que debo decirte. [...] Tengo una mala noticia, dijo, y es que habrá que quitarte el grupo de Elf Aquitaine (diez horas semanales). La señora Dumont se quejó de tu acento colombiano. Dice que lo poco que sabe de español proviene de España y no puede usarlo contigo o le parece raro [...]. Al oírla sentí un leve temblor. El miedo a la pobreza volvió a atenazarme y salí abatido, acababa de perder el 60% de mis ingresos de la Academia sin contar con el acceso al comedor, el gimnasio y la piscina (Gamboa, 2005, p. 317).

Esta acentuación de la diferencia a través de la lengua es la que en los relatos deviene el inicio de una travesía que inicia con la sensación de una pérdida que se va prolongando a lo largo de los relatos: primero, se pierde el territorio propio; luego las seguridades y posteriormente la capacidad de comunicar. En este despojo del sujeto los personajes de los relatos empiezan a experimentar una caída en el ámbito social, expresada tanto en la despersonalización padecida al no poder hallar una forma de ser reconocido en su destino como persona, como en el lugar que la sociedad le asigna, que por lo general es el mundo de la subalternidad, la ilegalidad y el delito (Ludmer, 2010); donde la agencia de la palabra ocupa un lugar secundario y la acción del cuerpo es lo único necesario para poder sobrevivir. En *Lord*, el protagonista señala las cosas que desea comprar porque no habla inglés (de hecho, al llegar admite encontrarse en un punto cero de la lengua, pues la propia empieza a faltarle); en *Frankfurt*, Mónica no entiende nada y por ello tiene dificultades incluso para convivir con su inquilino; en *El síndrome de Ulises* las profesionales universitarias de Europa del Este y Dakar trabajan como prostitutas y Esteban accede a dejar de lado su orgullo como trabajador capacitado en la lengua y deja de buscar «solamente clases de español» (Gamboa, 2005, p.20), para, finalmente, descender al sótano de un restaurante coreano como plongeur —lavaplatos—, para poder asegurar sus gastos:

Cubierto con un abrigo de vago aspecto militar recorría los tablones de ofertas de trabajo de todos los centros sociales, iglesias y facultades universitarias. Eran papeles mecanografiados, fotocopias manoseadas, y al llamar a los números, ansioso, alguien hacía la siguiente pregunta, ¿y de

dónde es usted?, tras lo cual escuchaba decir, «gracias por llamar», y vuelta a los tablones, a la llovizna y al frío (...) a las papeletas de ofertas, bajando cada día el nivel de lo que creíamos poder aceptar, al principio solamente clases de español pero una semana después ya estaba en los anuncios de «canguro» o baby sitter, y luego en los de enfermos y ancianos, o de locos, y al final en lo más ínfimo, y comprobar que el orgullo nos hizo llegar tarde, quienes lo decidieron antes ya cogieron lo mejor y ahora sólo quedan cosas realmente complicadas, no denigrantes, pues nada lo es cuando uno tiene necesidad, y para allá se va uno, con el teléfono de varios restaurantes o bares, con la ilusión de ser aceptado como «plongeur», es decir lavador de platos, el que hunde los platos en el agua enjabonada, literalmente, y ver que en ese último escalón social también hay un titubeo de sospecha (Gamboa, 2005, p.20).

En este punto también cabe anotar que la diferencia padecida por el migrante no sólo se da en el contexto de la sociedad de destino hacia el primero; también es transferida de un migrante a otro como sucede en *El síndrome de Ulises*, cuando un profesor de la Universidad de la Sorbona se burla de un estudiante marroquí por haberse equivocado en un artículo al dar una respuesta:

En una de las primeras clases el chileno preguntó qué era lo que en nuestra opinión rondaba en la atmósfera de no sé qué cuento de Onetti, o de Cortázar, no recuerdo bien. Entonces Salim –así se llamaba el árabe, que para la precisión era marroquí nacido en Oujda –levantó la mano y dijo:

–Es obvio, lo que ronda es *el* muerte.

Así dijo, «el muerte», tal vez porque en árabe la muerte sea masculina o porque no sabía bien el español, o por los nervios, no sé, el caso es que lo dijo así, «el muerte», y se sintió tan seguro de la respuesta que sus ojos brillaron por un segundo, sólo por un segundo, pues de inmediato el profesor levantó la voz con una mueca de desprecio, y dijo: «¡Se dice *la* muerte, joven! ¡*La* muerte!», repitiéndolo muchas veces, riéndose, buscando la complicidad de quienes hablábamos bien el español –yo evité mirarlo, pero sus ojos me atraparon y fui tan vil que sonreí, –para hacer aún más hiriente el error (Gamboa, 2005, p.21).

Esta cita, en la que se visibiliza un mecanismo de diferenciación y supremacía de la lengua que trasciende la relación entre migrantes y nativos, en otras novelas se instaure como un mecanismo de identificación con otros individuos que como los narradores de estas novelas, pasan por una situación similar: En *Frankfurt*, Mónica se siente frustrada por no conseguir

comunicarse en alemán, incluso para las rutinas diarias, pero no deja de sentir pena por aquellos que siendo «extranjeros más extranjeros» (Vidal, 2005, p.13) que ella, intentan insertarse en la sociedad alemana, siendo que a la única que le entiende un poco es a Talia, la arrendadora del departamento en donde viven, cuyo alemán es tan malo que Mónica logra comprenderle (Vidal, 2005). En *El síndrome de Ulises*, dicha identificación deviene la base sobre la que se da la relación de Esteban y Salim, quienes a pesar de no saber «cuál de los dos hablaba el peor francés» (Gamboa, 2005, p.33), logran consolidar una amistad que trasciende las diferencias culturales.

No obstante, en medio de esta marginación social el encerramiento de los sujetos dentro de sí mismos surge como uno de los efectos de la experiencia migratoria donde el sujeto siendo objeto de la inhospitalidad de la sociedad a la que arriba, vive continuamente confinado: en los márgenes del territorio, en habitaciones, en su cuerpo y finalmente, en la lengua, espacio donde empieza a evidenciarse la posición dual del migrante y el exiliado con respecto a esta, situación que empieza a configurarse como ese asidero desde el cual afrontar su situación de extranjería y un puente entre la dimensión interior y exterior de los personajes, espacios donde se interioriza y se proyecta dicha diferencia. En *Frankfurt*, Mónica, tras soportar una tras otra discriminación, decide luchar contra la corriente y vivir su propio mundo personal: «Voy dentro de mi burbuja española sin descifrar lo que hablan a mi alrededor. Con el tiempo aprenderé a no escucharlos. Hace mucho frío y el día está —invariablemente— gris» (Vidal, 2005, p. 11).

La burbuja que crea la protagonista a manera de protección frente a la inhospitalidad de su medio deja la diferencia fuera y el problema ya no se trata de ser entendida; se trata más bien de no escucharlos, de recurrir al mundo interior como una alternativa para sobrevivir. En *Lord*, el narrador deja la decisión de uso del idioma al otro, pues su protagonista, si bien afirma estar en un grado cero de la lengua, demuestra tener dominio de inglés, por lo que es capaz de responder cuando se le habla en esta lengua o en portugués, sin que ello le resulte problemático; y en *El síndrome de Ulises*, las diferencias lingüísticas padecidas por los inmigrantes de modo similar a la de Mónica, quedan encerradas afuera cuando las puertas de las habitaciones se cierran y dan lugar a la celebración de una suerte de hermandad migrante.

La caída en la lengua y el posterior encerramiento devienen puntos de partida para ver cómo los sujetos empiezan a ser cada vez más conscientes de que las seguridades que sostenían su mundo se empiezan a descom-

poner, y con ello, una identidad que creían segura y ahora empieza a disolverse en medio del desplazamiento. Por ello, en este punto convendría volver un poco sobre nuestros pasos y seguir la discusión con un par de preguntas alrededor de la lengua: 1) ¿cómo el migrante —marginado de una sociedad que lo aparta por no hablar su lengua— puede vivir su diferencia?, ¿cuáles son los posibles territorios de la lengua en la migración?

Aprender la lengua del otro, ser otro

En un ensayo titulado “El escritor en busca de una lengua” (1993), Fabio Morábito sostiene que «(...) sólo es posible hablar otro idioma convirtiéndose en otro individuo. Pasar de una lengua a otra exige una mutación del ser» (p.24) para referirse a la incidencia de la lengua en la constitución de la identidad y en la forma como representamos el mundo. La lengua fija pertenencias, afectos y le otorga a los sujetos la capacidad de sostener una narrativa de sí mismos que les permite —aunque sea una ficción (Hall, 2010) — poder decir quiénes son a otros y buscar una forma de establecer lazos en una comunidad. Por ello, no es arbitrario que ésta se constituya en otro de los espacios en los que se manifiesta la experiencia de los sujetos que, habiendo traspasado las fronteras, deben intentar asumir su aquí-ahora e intentar un nuevo arraigo en el país de destino; lo que los lleva inevitablemente a aprender un nuevo idioma y con ello, a pensarse como otros.

En las novelas del corpus, la lengua, al mismo tiempo que es un medio para comunicarse, es el espacio del duelo, de la resistencia, de la innovación y a veces, el único enlace a una cultura que, cada vez, se hace más difusa y que los personajes no quieren dejar ir. En el caso de *Frankfurt*, la lengua constituye ese único resto que queda del despojo al que va siendo sometida Mónica en su trayecto: sin nombre, sin equipaje y siendo continuamente objeto de discriminaciones y vejaciones por no hablar bien alemán, finalmente decide hacer de su lengua nativa un asidero a su pasado y su único lugar posible; de aquí que a lo largo de la novela nos hallemos ante un personaje que, si bien se ve obligada a aprender alemán para poder dejar de ser dependiente de otros, ve con temor que dicho aprendizaje amenaza la lengua materna, a la que teme olvidar con el tiempo, y con ella a sí misma:

En tren de adivinar, diría que piensa que ya se me va a pasar. Que me voy a acostumbrar, como se acostumbró él cuando *se tuvo* que venir de Uru-

guay (...) y tantos otros que llegan a Alemania. Al principio lloran, extrañan y se emborrachan; y con el tiempo claudican, se adaptan y se emborrachan. No sé cuánto sufrirán esos otros. No sé cuánto habrán dejado atrás, para saber si tienen las mismas ganas de darse la pared contra la cabeza como yo (Vidal, 2004, p.18).

A diferencia de otros sujetos que buscan adaptarse, Mónica tiene claro que no quiere ser como Hans, su esposo, que ha renunciado a su lugar de origen y se ha transformado en un «alemán disfrazado de uruguayo» (Vidal, 2004, p.39) que ha interiorizado a tal punto las normas alemanas que ya no es posible reconocer en él al muchacho que conoció en Montevideo, motivo por el que no está dispuesta a negociar la claudicación, rendirse y renunciar a su pasado, porque sabe que al final le espera otra a la que teme no reconocer.

Quizá este es el motivo por el que, a pesar de conseguir, luego de ser admitida en un instituto de lenguas que le ofrece las claves lingüísticas para dejar de ser considerada «de segunda categoría» (Vidal, 2004, p.205) —evitar la obsecuencia al iniciar y terminar las frases, por ejemplo—, desiste de aprender el idioma y opta por mantenerse en el español; espacio en donde puede vivir a plenitud su diferencia, aunque ello conlleve el estar aislada del mundo:

Al salir del parque, donde sólo reconozco la estatua de Goethe, me interno en una ciudad ajenísimas y muda (...). Los ruidos son incoherentes, como una banda de sonido que no se corresponde con la película. Hay vendedores callejeros que gritan, quieren liquidar la mercadería, ya es tarde. Voy dentro de mi burbuja española sin descifrar lo que hablan a mí alrededor. Con el tiempo aprenderé a no escucharlos (Vidal, 2004, p.10-11).

Esta situación de no comprender al otro se hace límite en *Frankfurt*, donde la narradora experimenta la sensación de vivir en medio de una indefinición lingüística, es decir, en ese espacio en que no se habla la lengua del otro, pero la propia también se antoja ajena al sujeto, por lo que no se halla en ningún lugar. La experiencia de Mónica en la ciudad alemana la lleva inclusive a no entender lo que le dice Susana, una porteña que le habla en su mismo idioma, pero que la protagonista supone que emplea «códigos de organización subversiva» (Vidal, 2004, p.91), pues no sólo los sonidos se pierden en el aire, sino que tampoco logra enhebrar los significados de lo que se le dice; como si de repente la capacidad de comprender a los demás se hubiera perdido, o peor aún, fuese la evidencia de que esa chica que creía tan segura de sí misma empezara a desvanecerse y de la noche a la

mañana, empezara a comprender a otros que como ella, padecen el estar en medio de una lengua a medio aprender y otra en camino a olvidar.

Pero si por una parte este habitar entre-lenguas evidencia la angustia del sujeto por sentir que algo se está quebrando y que el vínculo con el hogar se está haciendo algo cada vez más frágil, para otros es el inicio de una aventura en la que la transición de una lengua a otra significa una ruptura definitiva, un corte con el pasado y con ello, el abandono de quien se solía ser, en aras de alcanzar la realización personal. En *Lord*, por ejemplo, la amnesia que sufre el narrador con respecto a su pasado lo ubica en un espacio de extranjería tanto frente a la lengua del otro como a la materna, que relaciona con ese pasado que empieza a disolverse ni bien llega a Londres: «Todo lo que había vivido hasta entonces parecía estar yéndose. Parecía que sólo existía aquello, una casa desconocida que tendría que ocupar, una lengua nueva, una lengua vieja que ya, tan pronto, parecía faltarme (...)» (Noll, 2006, p.20).

Pérdida que en la novela se configura en el punto cero de la serie de transformaciones que llevarán al protagonista a cumplir su cometido en la capital inglesa: ser otro u otros. De hecho, el relato nolliano se resuelve justamente en ese espacio entre-lenguas, donde el sujeto incapaz de expresarse en la lengua del otro y ante el olvido de la propia, hace del cuerpo el único lugar donde experimentar y materializar los efectos que la migración tiene sobre él.

Por su parte, en *El síndrome de Ulises* la experiencia de vivir entre-lenguas va más allá del tránsito entre la lengua materna y la de destino, ya que al darle la voz a migrantes coreanos, rumanos y latinoamericanos dicha situación se diversifica en tanto el protagonista como los demás personajes experimentan la fragmentación de sí mismos, pues sólo en la intimidad se es uno, porque en el contacto con otros migrantes, en cada cambio de lengua, los sujetos están obligados a ser otros: en francés, Saskia es sólo un fantasma que al hablar rumano expresa su humanidad; lo mismo que Yung y Susi, quienes siendo extranjeros y fantasmas en el francés, son otros al hablar en sus lenguas maternas, que empiezan a sufrir una suerte de desgaste por no tener demasiadas oportunidades con quien interactuar.

Esta presencia de lenguas a lo largo de los relatos es la que tensiona la relación entre los sujetos y la lengua propia, que se va erosionando cuando ésta se expone a otras alteridades: en algunos casos empieza a atrofiarse, y por ello se hace necesario recordar los orígenes para no perderse; hallar

otro lugar para la lengua y poder significar.

Otro territorio para la lengua

*Cualesquiera que sean las formas del exilio,
la lengua es lo que permanece en nosotros.*

Jacques Derrida

«¿Cuáles son las palabras del exiliado?» (Gamboa, 2005, p.73), pregunta Khair-Eddine para referirse al estado de orfandad en que se encuentra la lengua en el marco de la migración y el exilio, cuando ésta pierde el suelo y lo único que queda es habitar la lengua ajena y tratar de encontrar un lugar para la propia. En el proceso migratorio, los individuos sufren la experiencia del despojo: la identidad, el pasado y el territorio quedan atrás, pero la lengua parece ser lo único que permanece cuando todo parece disolverse en la nada: es ella la que a través del sonido interpela al sujeto desde su intimidad, recordándole sus afectos, su pasado, su pertenencia. Este es el motivo por el que en *Lord* el narrador, a pesar de recurrir a la amnesia como una forma deliberada de despojarse de «aquel [hombre] que era en el Brasil» (2006, p.30) y así poder formularse como otro, recurre a la lengua materna como lo único capaz de proporcionarle

Por lo menos en casos extremos, como el de encontrarme ante la muerte y pronunciar una palabra querida de la infancia, esas que tal vez uno ni siquiera supone que todavía tiene dentro de sí, que irrumpiera sólo cuando todo el actual palabrerío inútil se apartara hasta el punto de poder resurgir el brillo de aquella incipiente nostalgia en una, dos sílabas (Noll, 2006, p.20).

Porque volver a la lengua materna pareciera ser lo único a que acudir en medio de tanta orfandad, una forma de volver a casa y un punto desde el cual poder decir con seguridad 'este soy yo, uno de ustedes', no perderse en el anonimato y caer en la nada. Quizá esta sea la razón por la que en las narraciones del corpus uno de los deseos del migrante y el exiliado sea encontrar un territorio para la lengua, «un espacio de palabras» (Ludmer, 2010, p.187) en el que aterrizar y poder hallar protección, reconocimiento y fijar una pertenencia:

La excitación que tengo por entender las conversaciones y la posibilidad de pedir empanadas *en mi propio idioma*, me hace tamborilear en el mos-trador y tararear la canción que muchos de los que están acá no pueden

comprender y yo sí. Eso me hace muy feliz (Vidal, 2004, p.85).

Dice Mónica, quien entra en la fiesta como quien lo hace a otra dimensión, donde los registros han cambiado (Vidal, 2004) y con ello, su reconocimiento como persona retorna a ella: la protagonista siente que al retomar la agencia de la palabra que ya no es ese bulto al que nadie comprende, obtiene la oportunidad de tener un encuentro con el otro, sin correcciones, sin silencio y, sobre todo, sin el temor de ser malinterpretada o discriminada.

En las narraciones del corpus -y nos atrevemos a afirmar que en las ficciones de migración latinoamericana- la lengua propia encuentra su lugar cuando «encuentra comunidad o comunicabilidad en objetos y acciones específicas, en cosas hechas de lengua» (Ludmer, 2010, p.187) que pueden funcionar de diversas formas, ya sea en primer lugar, como asidero frente a una realidad cambiante y hostil, como las llamadas que Mónica hace a Montevideo que, aunque breves, son su polo a tierra y le hacen sentir que ya no es «ese cero que [los demás] quieren hacerme creer» (Vidal, 2004, p.16); o las fiestas de la comunidad latinoamericana en *El síndrome de Ulises*, en la que sus asistentes se sienten reconocidos como parte de un grupo que los acepta y trata como iguales independientemente de sus diferencias culturales o de su situación como migrantes o exiliados (Gamboa, 2005).

Sumado a lo anterior, la lengua se presenta como el indicador de una pérdida progresiva que amenaza con la desintegración del sujeto cuando estos objetos de lengua empiezan a desaparecer:

Estoy sola como un perro, encerrada en un apartamento perdido de un país perdido y ya ni siquiera puedo decir que en algún lugar a alguien le importa. Casi no recibo cartas ni noticias, he quedado al margen de los dos mundos.

(...) El nexa con mi vida anterior se desdibuja. No fue muy grande la sorpresa cuando descubrí que, frente a mis abundantes cartas, recibo pocas respuestas, y de personas que no creí tan cercanas (Vidal, 2004, p.201).

Con la desaparición de las cartas, Mónica encuentra que su vida ha quedado a la deriva de un pasado que ya no puede retener y un presente al que no logra asimilarse; la lengua propia se pierde junto con los objetos de lengua y con ello, su reconocimiento como persona; razón por la que la protagonista intenta crear otro punto de pertenencia, buscando otros hispanohablantes en la ciudad como una forma de restablecer un vínculo frágil. Caso similar ocurre en *El síndrome de Ulises*, donde la música interpela a los migrantes y les recuerda no sólo su pasado, sino también el dolor de

una pérdida irreparable que encuentra en la esperanza del regreso un consuelo frente a su aquí-ahora:

En las fiestas, con otros latinoamericanos, se entristecían escuchando la letra de *Todos vuelven*, de Rubén Blades. Rafael decía: –Esta canción es para bailarla, pero también para oírla. Entonces el salón se impregnaba de silencio, un silencio que quería decir muchas cosas sencillas: recordamos, seguimos siendo, estamos allá, nos esperan (Gamboa, 2005, p.18).

Ya sea como asidero o indicador de una pérdida, la lengua propia interpela a los sujetos en su intimidad, y por ello, su sonido viene cargado de una afectividad que no se agota y de una nostalgia que perdura como la única evidencia de que el pasado y el presente son reales; tal vez por esto a lo largo de los relatos la búsqueda de un lugar en el que se pueda usar la lengua materna constituye uno de los puntos desde los cuales sobrevivir y también dar cuenta de la fragmentación que los personajes empiezan a sufrir. Uno de estos espacios es la literatura, donde la lengua no sólo se constituye finalmente en «la única casa posible en el exilio (...), donde a través de la escritura empieza a elaborar los restos de la experiencia del desplazamiento: la huella del desarraigo y la liberación de un mundo hostil, la separación entre un yo y su lugar de origen, la ambivalencia radical de una escritura y de un sujeto que ha perdido las bases de sobre las cuales se sostenía y construía su identidad» (Fernández y Garramuño, 2003, p.12); sino que también es un espacio límite donde establecer contacto con el mundo.

La escritura, otro territorio

Además de tener como eje narrativo el desplazamiento de latinoamericanos a Europa, las novelas del corpus poseen otro rasgo en común: sus protagonistas y narradores son sujetos que trabajan con la lengua —son escritores, estudiantes universitarios y profesores—, característica que de una u otra forma, les permite organizar narrativamente la experiencia propia o tomar la voz de aquellos que no poseen la capacidad de narrar por sí mismos su historia, creando de este modo un acto de enunciación en el que la frontera entre autores y personajes se hace cada vez más difusa. Este es el caso de *El síndrome de Ulises*, donde el narrador, en vez de crear una narrativa centrada en el registro de la experiencia propia, injerta en ésta «las voces de las personas reducidas a servidumbre, los desplazados, los sin nombre, en la agencia de la palabra» (Bhabha, 2013, p.117), no tanto

como un recurso para visibilizar la situación de los exiliados e inmigrantes en París, sino como una estrategia para dar cuenta de la fragmentación que va sufriendo el personaje a lo largo de la historia, que pasa de ser la de un estudiante que elige la capital francesa por ser el mejor lugar para consolidarse como escritor (Gamboa, 2005) a la de un sujeto suspendido en el vacío que ya no logra reconocerse:

(...) entré al water y vomité mi alma, varias veces, y al terminar, tras enjuagarme con agua fría, observé mi cara en el espejo y vi el rostro de un desconocido, un ser extraviado y ausente, así que me alejé y volví al salón, renovado, y entonces, con esas decisiones que se toman cuando los líquidos del cerebro están profusamente irrigados, me propuse llegar al límite, adelante hasta la muerte, así que agarré mi vaso y, como el soldado que levanta su espada y corre a morir contra el enemigo, volví a llenarlo de aguardiente (Gamboa, 2005, p.156-157).

Y cuya identidad, ya habiendo sido fracturada por el desplazamiento, empieza a reconstruirse a través del encuentro con el otro, que actúa como un elemento clave para no ser devorado por la ciudad. Quizá sea por esto que la escritura en la novela del escritor colombiano la «alternancia entre el yo de un personaje escritor y el testimonio de los inmigrantes con los que se relaciona» (Giraldo, 2008: 98) funciona en el texto como la forma en que un sujeto anónimo halla el camino para encontrarse a sí mismo a través de un otro que, a la vez, que funciona como fondo, es el hilo ordenador que una historia atravesada por la orfandad y el desamparo.

En estas ficciones además, la escritura es a su vez *leitmotiv* e instrumento: Esteban va a París para consolidarse como escritor, el narrador de *Lord* es invitado a Londres por sus novelas, en *Frankfurt* una de las metas de Mónica es concretar junto con su familia, su profesionalización como escritora, proyectos que fracasan ni bien sus narradores llegan a su lugar de destino; pero que dan lugar a la formulación de una escritura que actúa como una suerte de registro de la experiencia personal de sus protagonistas, y cuya construcción obedece a una forma fragmentaria, casi simulando la memoria.

En *Frankfurt* por ejemplo, la narración empieza con la protagonista «presa dentro de una habitación en la que una persona sola apenas podría moverse» (Vidal, 2004, p.7), habitación desde la que intenta reconstruir los hechos que la fueron llevando hasta la ciudad alemana; lugar donde queda a la intemperie de la vida e intenta llenar la soledad generada por la migración inicialmente con «cartas, largas y tristes» (Vidal, 2004, p.7) dirigidas a

todos y al mismo tiempo, a nadie; y posteriormente con recorridos aleatorios que le sirven como una forma de «no caer en la nada» (Vidal, 2004, p.66) y que evidencian esa situación de vacío que vive un personaje cuyos asideros se van disolviendo. De ahí en adelante, la narración se construye a través de fragmentos igual de aleatorios que sus movimientos, donde la narradora vuelca en su lengua madre —la única que logra dominar y que considera lo único con lo que puede contar— su intimidad y su temor a ser olvidada, del mismo modo que va registrando cómo el fracaso va apoderándose de sus sueños y metas.

Esta errancia sobre el espacio, también compartida por los protagonistas de *Lord* y de *El síndrome de Ulises* se presenta en las novelas de modos distintos: en una, cada lugar recorrido por el narrador marca una fase del despojo que va sufriendo el personaje —primero, en el aeropuerto con el olvido del motivo por el que se encuentra en Londres, segundo, con la pérdida de la capacidad de reconocerse y tercero, con una lengua que sólo se hace reconocible en los libros que tiene en su nueva residencia— por lo que la narración se elabora a partir de un estado de amnesia donde el sujeto intenta exteriorizar, también de manera fragmentaria e incluso casi onírica, las sensaciones que vive a través de un cuerpo sin memoria ni pertenencia. Mientras que en la segunda el recorrido se establece como una forma de ir dotando de sentido a una existencia cuyas pertenencias empiezan a vencerse; de ahí que en el relato el dejar atrás esa «vieja piel, frágil, temerosa» (Gamboa, 2005, p.152) implica una ruptura definitiva con un pasado que arrastra una relación amorosa sin resolver, y en el posterior y terminante abandono de un proyecto de novela «plagada de imprecisiones y estereotipos, de personajes falsos» (Gamboa, 2005, p.263) destinada al fracaso editorial.

Volver al punto cero de la lengua y renacer

Llegados a este punto, sólo nos resta mencionar que la experiencia lingüística de las novelas del corpus nos ilustra el modo en que la pérdida de la palabra, que es lo que ocurre cuando los personajes se enfrentan a la realidad de habitar en un país donde desconocen la lengua, constituye otra de las pérdidas de los sujetos que, despojados de su capacidad de comunicar, son continuamente discriminados y despersonalizados por la sociedad de destino. Esto es lo que lleva a los personajes de las ficciones —y por extensión a muchos migrantes y exiliados— a padecer una suerte de caída

social (Ludmer, 2010); donde la agencia de la palabra ocupa un lugar secundario y la acción del cuerpo es lo único necesario para poder sobrevivir.

De ahí que las opciones que le queden al migrante sea aprender otra lengua, y de paso, desprenderse un poco de sí mismo (Morábito, 1993), o nuevamente resistir al presente, haciendo de la lengua el espacio del duelo, de la resistencia, de la innovación y a veces, el único enlace a una cultura que cada vez se hace más difusa y que los personajes no quieren dejar ir. Por ello, es que en los relatos continuamente los sujetos buscan otro lugar para una lengua materna que empieza a escaparse, y ese campo es el de la escritura, lugar donde amén de depositarse la experiencia propia, los temores y esperanzas que lleva consigo la migración, es uno de los asideros desde el cual los sujetos pueden «explorar y comunicar un sentimiento de desarraigo que, en algunos casos, se percibe como irreversible» (Heffes, 2012, p.236).

Por ello, es que no resulta ajeno que la escritura en estas narrativas se establezca como el último y único recurso al que recurrir: en ella los personajes intentan sustraerse de un mundo que los apresa, exponiendo sus angustias y miedos al mismo tiempo que sus esperanzas; es un espacio que a pesar de fundarse como un asidero para soportar su aquí-ahora revela una ruptura que se revela como aquello que ataca al sujeto, pero que no puede traducirse a una forma específica; es la certeza de que algo se ha roto y esta vez, ha sido para siempre: quien se va no es el que retorna y el final, como la vida misma, es nuevamente un inicio.

Referencias bibliográficas

- Agambem, G. (2014). *Estado de excepción* (4ª edición). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Arendt, H. (2009). *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós.
- Avaria, A. (2014). *Un cuerpo vale más que mil palabras. Mujeres y hombres bolivianos en Barcelona. Corporización de la migración: cuerpo migrante, cuerpo trabajador, cuerpo enfermo* [Tesis doctoral]. Universidad de Barcelona.
- Bhabha, Homi K. (2013). *Nuevas minorías, nuevos derechos. Notas sobre cosmopolitismos vernáculos*. Buenos Aires: Siglo XIX Editores.
- Bhabha, Homi K. (2013). *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial.
- Berman, M. (2004). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

- Chambers, I. (1995). *Migración, cultura, identidad*. Traducción de Martha Eguía. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Chejfec, S. (2005). *El punto vacilante. Literatura, ideas, mundo privado*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- Christou, A. (2006). *Narratives of place, culture and identity: second-generation Greek-Americans return 'home'*. Amsterdam: Amsterdam Univ. Press. Recuperado de: <http://nbnresolving.de/urn:nbn:de:0168-ssoar-329816>
- Fernández, A., Garramuño, F. y Sosnowski, S. (2003). *Sujetos en tránsito. (Inmigración, exilio y diáspora en la cultura latinoamericana (comp))*. Buenos Aires: Alianza Editorial.
- Gamboa, S. (2005). *El síndrome de Ulises*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Hall, S. (2010). Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales. Eduardo Restrepo, Catherine Walsh y Víctor Vich (editores). Instituto de estudios sociales y culturales Pensar, Universidad Javeriana, Instituto de Estudios Peruanos Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador y Envió Editores. Recuperado de http://perio.unlp.edu.ar/catedras/system/files/stuart_hall_-_sin_garantias.pdf
- Heffes, G. (2012). *Poética de los dislocamientos (comp.)*. Houston: Literal Publishing, 2012.
- Huyssen, A. (2003). *Present pasts: Urban palimpsests and the politics of memory*. Stanford: Stanford University Press.
- Kristeva, J. (1991). *Extranjeros para nosotros mismos*. Esplugues de Libregat: Plaza & Janés.
- León G. (2016). «Lejos de casa. El escritor y la extranjería», en *Derivas Literarias (blog)*. Recuperado de: <https://www.eternacadencia.com.ar/blog/contenidos-originales/derivadas-literarias/item/el-escriptor-argentino-y-la-extranjeria.html>
- Ludmer, J. (2010). *Aquí América latina. Una especulación*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Molloy, S. Y Siskind, M. (2006). *Poéticas de la distancia. Adentro y afuera de la literatura argentina (comp)*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- Morábito, F. (1993). «El escritor en busca de una lengua», en *Vuelta (pp. 22-24)*, año XVII, No. 195. Recuperado de: <http://www.letraslibres.com/vuelta/el-escriptor-en-busca-una-lengua>
- Morley, D. (2005). «Pertenencias. Lugar, espacio e identidad en un mundo mediatizado». En: Arfuch, Leonor (Comp.) *Pensar este tiempo: espacios,*

- pertenencias*. (pp. 130-162). Buenos Aires: Paidós.
- Noll, J.G. (2006). *Lord*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Ramos, J. (1994). «Migratorias», en *Paradojas de la letra* (pp 177 – 186). Caracas: Ediciones eXcultura.
- Rushdie, S. (1991). *Imaginary Homelands. Essays and criticism 1981 – 1991*. Estados Unidos: Granta Books.
- Saraceni, G. (2008). *Escribir hacia atrás. Herencia, lengua, memoria*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Spivak, G. (1998). «¿Puede hablar el sujeto subalterno?», en *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 39, enero-diciembre 2003, pp. 297-364. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/1050/105018181010.pdf>
- Vidal, A. (2004). *Frankfurt. Cruce de caminos*. Buenos Aires: Editorial Planeta
- Yan, H. & Spivak, G. C. (2007). «Position without Identity: An Interview with Gayatri Chakravorty Spivak». *Positions: East Asia Cultures Critique* 15(2). Duke University Press. pp. 429-448.

